

XIV Semana del Tiempo Ordinario (Año Par)

Lunes

Mt 9, 18-26

Mi hija acaba de morir. Pero ven tú, y vivirá. Jairo, un hombre principal de la Sinagoga, le cuenta su drama: mi hija acaba de morir, "ven, pon tu mano sobre ella y vivirá". Jesús, fue con los discípulos y mucha gente, y una mujer enferma crónica, que pensaba para sus adentros "si toco el manto, solo el borde, seré salva". El relato es como periodístico, Jesús va, la gente le rodea y aprieta, no le dejan caminar, quieren tocarlo, y la mujer se mete entre medio, y tira del manto. Marcos (5) dice que Jesús "sintiendo en si mismo un Poder, que había salido de El, pregunta, quién me ha tocado". Los discípulos se molestan "estás viendo como la gente nos aprieta y preguntas, ¿quién me ha tocado? Jesús sigue su camino. Entra en la casa de Jairo, echa fuera a la gente, "toma la mano de la niña y le dice: Niña, a ti te digo, levántate... y se puso en pie".

Así, después de resucitar a la niña, Jesús manda que le den de comer. Todo un detalle muy humano para quien vuelve a la vida siendo de tan corta edad. Ante este milagro de la resurrección de la Niña, lo divino y lo humano se unen una vez más para producir el milagro de la vida. Esta resurrección como la de Lázaro y el del hijo de la viuda de Naím (cfr. Jn. 11, 13; Lc. 7, 11) son anuncio de la resurrección de Jesucristo, resurrección y vida para sí y para los que creen en ÉL.

En el caso de esta niña como el de Lázaro Jesús afirma que están dormidos (cfr. Mt. 9,24; Jn. 11,11), por lo mismo para que el que tiene fe, la muerte es sueño para despertar es la resurrección (cfr. 1 Cor.15, 18). El anuncio del reino de Dios es anuncio de vida nueva, vida eterna para el hombre de fe. Labor nuestra será, como testigos de la resurrección de Cristo, aportar signos de esa nueva existencia, amar a Dios y al prójimo, ya que amar es poseer y entregar la vida al estilo de Jesús de Nazaret. "Pues si, cuando andaba en el mundo, de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéramos, pues está en nuestra casa?" (Camino de Perfección 34,8).

El corazón de Cristo, que se conmueve ante el dolor humano de ese hombre y de su joven hija, no permanece indiferente ante nuestros sufrimientos. Cristo nos escucha siempre, pero nos pide que acudamos a El con fe. El amor que Jesús siente por los hombres, por nosotros, le impulsa a ir a la casa de aquel jefe de la sinagoga. Todos los gestos y las palabras del Señor expresan ese amor.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)